Chofer 131,
pop en el autobús[1]

Por Blanca Álvarez Caballero

Cuando todo está hecho para romperse
sólo quiero que sepas quién soy
Johnny Rzeznik

Mientras tanto empujamos el mundo
para verlo rodar y rodar
Miguel Mateos

Vernos bajo el sol después del mediodía. Tu cabello ondulado brilla, las pupilas se dilatan paso a paso. Detenernos segundos. Caminar por empedrados, la calle principal del pueblo. Cargar bolsas con alimentos. Sol ferviente de marzo. Tus ojos voltean desde lo alto del caballo de metal. Frenas, te detienes. Fluyen los ojos entre sí. Sostenemos miradas penetrantes. Ir y venir del sudor laboral. Juegan las hojas de un álamo temblón con tu boca acorazonada. Paras el autobús. Te desabrocho la camisa blanca, casi transparente. Caricias y besos deslizados en tu pecho salado por doquier. Nos vamos a un lugar que tú conoces.

Las horas muertas de pasaje entre diez y doce, entre cuatro y seis; las horas vivas de nosotros esas son. ¿Será que el número 131 es liderazgo, intuición, dominio? Maniobras a tu antojo bien.

–Tu cabello es rizado, nariz recta y ojos profundos; moreno españolado, me sorprendes. Casi no hay choferes como tú.

[1] "Chofer 131", primero de los dos únicos cuentos mexicanos seleccionados en el XV Encuentro de Poesía y Cuento José Carlos Capparelli, Argentina.



Montaje: Gerardo Mercado

–Sí porque no soy de por acá.

Viajar contigo una o dos vueltas hasta la ciudad. Asfalto, carretera. El sudor de un chofer es único; impregnado de smog, monedas y billetes, sauces y eucaliptos. Después, los besos en tu cuello, mejillas, tú en mis brazos. Me pierdo entre los números de los autobuses. El cosmos nos encuentra cuando debe. Te espero entre los árboles. Me camuflo entre troncos de coníferas. Un nuevo viaje juntos. El *bus* se pone en marcha.

De súbito, la época de lluvia: chubascos, granizo, tormentas. Veloces andamos. Ramas de árboles golpean esta unidad. Desde un puente el agua sucia cae. Moja el camión. Tu atención al semáforo y el tránsito te hace avanzar más lento. No me miras como antes. Identificas bien mis botas negras con agujetas; dices que son de bruja, según esto. Algo tenemos los escritores que nos confunden con hechiceros, un modo de atraer con la videncia. Sábelo bien, 131, no te hechizo, no te embrujo para encontrarnos con miradas. Azarosa casualidad. No creo en amarres, desamarres, ni tanta otra idiotez, como tú piensas. Todo es atracción, causa-efecto.

Cierras tus ojos, las puertas y ventanas del camión. ¿Para siempre? Paranoico. Aceleras con prisa y un tanto de histeria.

–*Fuck*, me quitas el tiempo. Necesito ganar más dinero para mi familia. Debo trabajar más. Bájate, lo pienso desde hace días. Baja.

–¿Así, entre los charcos? No.

–Sí, ahora. Tú sabes cómo soy.

Tiemblan mis piernas. Una mirada, al fin, y arrancas. Aún me mojo.

Los días de sol regresan; son buenos para ser fines de mayo. Me encuentras porque el sol nos une siempre.

–¿Subes? Estaba de mal humor ese día lluvioso. ¿Me disculpas? Tengo vueltas libres. Anda. No me olvido de ti. Me conoces bien. Voy de vacío.

Una seña, un guiño. Acepto. No por mucho tiempo. Recuerdo la canción que hace poco me dedicaste al abordar el autobús: "Tonto el amor que se deja atrapar por un corazón que no sabe amar". Siempre me agrada Miguel Mateos. Hubiera preferido "Tirar los muros abajo" y "Atado a un sentimiento". Algunas tardes cantaste para mí "Obsesión". Hoy me haces añicos con la frase de hielo: "*Somebody that I just to know. Somebody…*". Si clavas tus pupilas en mi cuerpo puedes ser convertido en estatua de sal.

Que soy una Medusa, te insisten charlatanes que tú consultas. Juegos emocionales de tu memoria, tu sicosis.

–No te aferres al volante por coincidencias. Deja tu nerviosismo y miedo. Inhala hondo. No calarán mis ojos en tu vista más temores. ¿Recuerdas que cantamos "*I promise You*?". "*I'll be in your arms and you'll be in my heart?*".

–*Maybe*. "Te alejarás, luego volverás. Es tan fácil romper un corazón".

Una mancha de *diesel* se desgasta por el trayecto. Los neumáticos frente a la niebla de un incierto junio. Mi cabeza es la mancha, una veta de aceite sobre el charco de lluvia. Tú, mi espejo. Abrazados escuchamos: "Si quiero convertirte en ángel o arrancarte un botón, firmar la paz, andar desnudos, nena es porque estoy perdiendo el control".



Blanca Álvarez Caballero es poeta, periodista y ensayista, maestra en Humanidades por la UAEM, profesora e investigadora. Es autora de los poemarios *Amanecer es incierto y solitario, Ausencia del marino* y *Odiseo regresa*, entre otros libros y colaboraciones para diversas publicaciones.